

Testimonio del dolor

Rafael Toriz

*No hay extensión más grande que mi herida
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida*
Miguel Hernández

POCAS COSAS ESENCIALES —ENTRE LAS COSAS que verdaderamente importan— he podido aprender a lo largo de la vida. Entre las escasas certezas, conservo como una herida abierta el hecho de que nada nos hermana tanto con nuestros semejantes como el dolor perpetuo, aquel que destruye la vida de golpe y también a cuentagotas, y nos obliga a vivir con una o varias máscaras con la punzante sospecha de que aún es posible estar peor (*el dolor en carne viva sólo a veces se atenúa: en el fondo nunca deja de doler*). Ser víctima de una tragedia que no tiene nombre —pues eso implica enterrar a alguien que no debió morir— es ya suficiente motivo para abominar de la existencia; empero, si a ese dolor se le agrega el corrosivo ácido de la injusticia y los pantanos infernales de la impunidad y el cinismo, tenemos una navaja oxidada que hiende la carne con tres de las más infames características de la justicia mexicana: la corrupción, el contubernio y la ineficacia.





Grabados en madera de John Nash
para el libro *Flowers and Faces* de H.E. Bates,
Golden Cockerel Press, 1935

Uno de los rasgos más tristes de ser mexicano no es sólo el hecho de padecer, con infamante folclor, las desgracias que atribulan a todo el planeta: después de todo la muerte violenta es algo común en el planeta. Lo más triste de ser mexicano, como bien lo supo Kafka, es la resignación de un pueblo a vivir sin esperanza.

México 2010: Diario de una madre mutilada, obra que mereció el Premio Nacional de Testimonio Carlos Montemayor en 2011, es, por una parte, la crónica de una madre que pierde a su hija en un levantón en Xalapa donde también moriría asesinado su yerno. Por otra, se trata del ejercicio desesperado de quien trata de encontrar algún consuelo en los espectros que prodigan las palabras. “Sé que estoy viva porque me escucho respirar, pero miro las cosas como si viviera fuera de mi cuerpo. Como si otro ser me habitara. Sigo vacía. Ni siquiera las lágrimas que salen de mis ojos me devuelven la vida”. Hay que haber visto a una madre enterrar a su hijo para saber que esa ausencia es otra forma de la muerte.

El diario, que tiene también la forma de una plegaria, está regado con flores luminosas y desconsoladas de Miguel Hernández, Jorge Manrique y Enriqueta Ochoa. Todas sus flores son hermosas y tristes porque son flores de muerto.

El diario exterioriza un sentimiento terrible que, viene al caso repetirlo, se volvió el pan de todos los días de muchísimas familias mexicanas durante el sexenio pasado, el peor gobierno del que yo tenga memoria y, a no dudarlo, uno del que tardaremos mucho tiempo en reponernos. Y es que, pese a que algunos intenten todavía maquillarlo, vivimos una guerra estúpida, perfectamente mal planeada y peor ejecutada. Y para colmo de males, el nebuloso objetivo y sus ingenuas intenciones se mantuvieron tan quimérico uno como intactas las otras. Ahora sus principales artífices, los que tendrían que dar la cara por su exuberante ineptitud, reposan amparados al sigilo del cambio de administración o dando cátedras de política ficción en Harvard, esperando que el tiempo y la poca memoria histórica que nos caracteriza hagan su parte.

Pero es justo ahí donde este libro irrumpe como alarido, tratando de impedir, con la legitimidad del dolor, que estas injusticias se archiven o se escombren. Hay libros y circunstancias que cifran su existencia primigenia en la denuncia. Hay libros, desde lo más profundo de la congoja, que consiguen construir una esperanza.

La circunstancia que origina este libro rebasa lo que estoy en condiciones de decir: hay situaciones en la vida ante las cuales la postura más honesta es el silencio. Pero lo que no puedo soslayar es el alto valor civil de la autora, que aun siendo víctima de amenazas luego de la muerte de su hija, decidió someter su historia al escrutinio público, contribuyendo con la difusión de su caso a los numerosos reclamos de una sociedad atenazada por la delincuencia organizada, presa en ocasiones de su autocomplacencia. El libro de Hernández-Palacios consigue alimentar la resistencia de unas decenas de miles de ciudadanos que luchan como pueden contra gobiernos corruptos que en no pocas ocasiones son cobijo de los mismos victimarios.

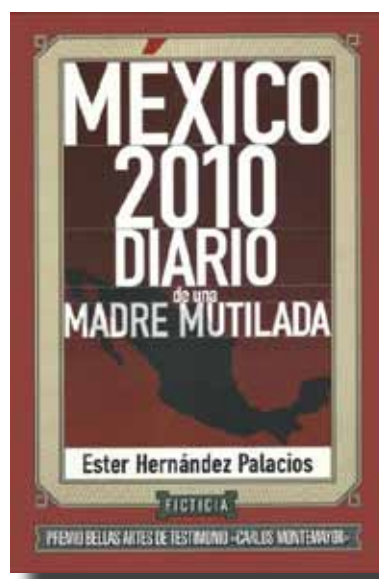
Ester Hernández Palacios, quien luego del asesinato de su hija quitó la H de su nombre como señal de duelo, fue mi profesora cuando estudié la licenciatura en Letras de la Universidad Veracruzana. En ella encontré tres enseñanzas para mí insospechadas: que la teoría literaria podía ser un ejercicio riguroso de pasión e inteligencia; que José Juan Tablada era uno de los escritores más originales y fascinantes de nuestra lengua, y que el amor absoluto por el magisterio de la poesía, enseñanza generosa, puede cambiar para mejor nuestra existencia.

Lo que no conocía entonces, y sólo el trato continuo reveló de manera dichosa, era la entereza de una mujer que no teme denunciar las injusticias y el oprobio, y pone en riesgo incluso lo que le queda de vida. La figura del denunciante radical, el *parresiasta*

de los antiguos, hace una grandísima diferencia. Sobre todo si se vive en medio del espanto.

Hace unas semanas, en una de sus columnas semanales al respecto de la promulgación de la Ley de Víctimas, Juan Villoro escribió: “Resulta imposible recuperar a las víctimas de la violencia, pero la comunidad que las sobrevive puede darles presencia y aliviarse a sí misma a través de la memoria. El recuerdo, las palabras, son ejercicios de sanación social”. En esto estamos todos de acuerdo.

Sin embargo, si tuviera que emitir un juicio a la altura de las circunstancias, lo único que podría esbozar sería un deseo: ojalá que este libro no se hubiera escrito nunca. **▲▲**



Ester Hernández-Palacios
México 2010: Diario de una madre mutilada
México, Ficticia, 2012